



La Santa Sede

DISCURSO DEL SANTO PADRE FRANCISCO A LOS MIEMBROS DEL MOVIMIENTO APOSTÓLICO DE CIEGOS (MAC) Y A LA PEQUEÑA MISIÓN PARA LOS SORDOMUDOS

*Aula Pablo VI
Sábado 29 de marzo de 2014*

Vídeo

Queridos hermanos y hermanas, ¡bienvenidos!

Saludo al Movimiento apostólico de ciegos, que ha promovido este encuentro con ocasión de sus Jornadas de participación; y saludo a la Pequeña misión para los sordomudos, que ha comprometido muchas realidades de personas sordas en Italia. Agradezco las palabras que me han dirigido los dos responsables; y extendiendo mi saludo a los miembros de la «*Unione italiana ciechi e ipovedenti*» que participan en este encuentro.

Quisiera realizar con vosotros una breve reflexión a partir del tema «*Testigos del Evangelio para una cultura del encuentro*».

Lo primero que observo es que esta expresión termina con la palabra «encuentro», pero al inicio presupone *otro encuentro, el encuentro con Jesucristo*. En efecto, para ser testigos del Evangelio, se necesita haberlo *encontrado* a Él, a Jesús. Quien le conoce de verdad, se convierte en su testigo. Como la samaritana —leímos el domingo pasado—: esa mujer encuentra a Jesús, habla con Él, y su vida cambia; regresa con su gente y dice: «Venid a ver a uno que me ha dicho todo lo que he hecho, ¡quizás es el Mesías!» (cf. *Jn* 4, 29).

Testigo del Evangelio es aquel que ha encontrado a Jesucristo, que lo ha conocido, o mejor, se ha sentido *conocido por Él*, re-conocido, respetado, amado, perdonado, y este encuentro lo ha tocado en profundidad, lo ha colmado de una alegría nueva, un nuevo significado para la vida. Y

esto trasluce, se comunica, se transmite a los demás.

He recordado a la samaritana porque es un ejemplo claro del tipo de personas que Jesús amaba encontrar, para hacer de ellos testigos: *personas marginadas, excluidas, despreciadas*. La samaritana lo era en cuanto mujer y en cuanto samaritana, porque los samaritanos eran muy despreciados por los judíos. Pero pensemos en los muchos que Jesús ha querido encontrar, sobre todo, personas afectadas por la *enfermedad* y la *discapacidad*, para sanarles y devolverles su dignidad plena. Es muy importante que justo estas personas se conviertan en testigos de una nueva actitud, que podemos llamar *cultura del encuentro*. Ejemplo típico es la figura del ciego de nacimiento, que se leerá mañana en el Evangelio de la misa (Jn 9, 1-41).

Ese hombre era ciego de nacimiento y era marginado en nombre de una falsa concepción que lo consideraba afectado por un castigo divino. Jesús rechaza radicalmente este modo de pensar —que es un modo verdaderamente blasfemo— y realiza para el ciego «la obra de Dios», donándole la vista. Pero lo significativo es que este hombre, *a partir de lo que le sucedió*, se convierte en testigo de Jesús y de su obra, que es *la obra de Dios*, de la vida, del amor, de la misericordia. Mientras los jefes de los fariseos, desde lo alto de su seguridad, le juzgan a él y a Jesús como «pecadores», el ciego curado, con sencillez desarmante, defiende a Jesús y al final profesa su fe en Él, y comparte también su suerte: Jesús es excluido, y también él es excluido. Pero en realidad, ese hombre entró a formar parte de la nueva comunidad, basada en la fe en Jesús y en el amor fraterno

Aquí están las dos culturas opuestas. La cultura del encuentro y la cultura de la exclusión, la cultura del prejuicio, porque se perjudica y se excluye. La persona enferma y discapacitada, precisamente a partir de su fragilidad, de su límite, puede llegar a ser testigo del encuentro: el encuentro con Jesús, que abre a la vida y a la fe, y el encuentro con los demás, con la comunidad. En efecto, *sólo quien reconoce la propia fragilidad, el propio límite puede construir relaciones fraternas y solidarias*, en la Iglesia y en la sociedad.

Queridos amigos, os doy las gracias por haber venido y os aliento a seguir adelante por esta senda, en la que ya camináis. Vosotros del Movimiento apostólico de ciegos, haciendo fructificar el carisma de Maria Motta, mujer llena de fe y de espíritu apostólico. Y vosotros de la Pequeña misión para los sordomudos, en la estela del venerable don Giuseppe Gualandi. Y todos vosotros, aquí presentes, dejaos encontrar por Jesús: sólo Él conoce verdaderamente el corazón del hombre, sólo Él puede liberarlo de la cerrazón y del pesimismo estéril y abrirlo a la vida y a la esperanza.

(Antes de impartir la bendición a los presentes el Pontífice pronunció espontáneamente las siguientes palabras.)

Y ahora miremos a la Virgen. En ella se dio el primer encuentro: el encuentro entre Dios y la humanidad. Pidamos a la Virgen que nos ayude a ir adelante en esta cultura del encuentro. Y nos dirigimos a Ella con el *Ave María*.